

El temor de la falsificación

- Lo que dice Artur Mas es que está dispuesto a ser presidente aunque los electores no le den la mayoría

FERRAN GALLEGO, Profesor de Historia Contemporánea de la UAB

A mediados de los años 20, un político conservador firme, que supo mantener la oposición al fascismo hasta su muerte prematura, **Gustav Stresemann**, indicó que era liberal y que, por tanto, no podía ser demócrata. Ciertamente, los tiempos son otros y ambas palabras parecen tener el mismo sentido, aunque todos sepamos que se trata de una impostura. Ninguna de tales actitudes se reduce a un procedimiento electoral: sus diferencias se refieren a las relaciones de poder que se traman en una sociedad, al alcance de los derechos de los ciudadanos y a los ámbitos de intervención para garantizarlos. Sin embargo, una campaña es una fase de alta tensión política en la que aparecen signos delatores, indicando que no todos entendemos lo mismo, ni siquiera en uno de los espacios de realización de la democracia, que es el de la elección de los representantes.

Como siempre se ha hecho, la reticencia ante una democracia parlamentaria aparece vestida de su superación. Cuando **Charles de Gaulle** creó los mecanismos autoritarios de la Quinta República, hace casi 50 años, lo hizo señalando que deseaba que el pueblo tuviera una relación directa en las decisiones que se tomaban en el Elíseo, sin que la *partitocracia* pudiera desvirtuar su voluntad. Un presidente con poderes extraordinarios en la cultura política europea determinaba dónde estaba el exilio de los partidos y el reino del poder ejecutivo. Naturalmente, se hacía en nombre del pueblo y en contra de las presuntas élites indiferentes a su suerte. Pero el uso del nombre del pueblo en vano tiene, en la religión laica de nuestra cultura ciudadana, su pecaminosa denominación, que es el populismo. Y en tiempos de desconfianza en las instituciones representativas, con niveles de abstención que amenazan con narcotizar aún más la relación entre instituciones y ciudadanos, podemos hallarnos ante una reprobable conducta que no lleva el interés supremo del país colgando de sus labios, sino las ambiciones estrictas de una fuerza política y su candidato.

EN EL DEBATE televisado por TV-3, **Artur Mas** nos ofreció un modelo para armar ese principio en el momento que consideró culminante de la noche, cuando creyó que podría arrinconar a todos sus adversarios ofreciendo la imagen de un líder enfrentado a minoritarios y mezquinos dirigentes políticos. En la perfecta soledad de un perdedor de fondo, lanzaba a los espectadores la propuesta ultrademocrática de que se respetara la victoria de quien obtuviera más escaños. Curiosamente, el reto se lanzaba desde una situación de fuerza, cuando procede del mayor de los problemas que puede tenerse en un sistema de representación como el nuestro: carecer de política de alianzas. A veces, porque se hace el sordo el partido al que se dirigen los arrumacos, caso de Esquerra Republicana; otras, porque el PP sólo proporciona una extraña pareja con éxito de taquilla, pero fracaso a pie de urna.

Artur Mas no se limitó a hacer ese juego de manos que trataba de esquivar la peor confesión que puede hacer un candidato: saber --y dar a entender que el pueblo sabe-- que no dispondrá de mayoría parlamentaria. Quiso revestir tal afirmación solemne de una majestuosa defensa de la auténtica representación de los votantes, frente a su vulneración en la conciencia descompuesta de quienes formaron el tripartito en el 2003. Además de la objeción histórica, que puede referirse a quién ha usado argumentos similares en la Europa de la posguerra, podemos considerar una objeción que ni siquiera sale del apetito democrático mostrado por **Artur Mas** frente a sus comensales. Lo que proponía, sin que ni siquiera le temblara la sonrisa, es que pudiera gobernar una minoría, como si las elecciones fueran una carrera en la que se corona a quien llega primero.

Porque la afirmación de **Mas** ha puesto sobre la mesa algo que debería empezar a considerarse central más allá de la campaña misma, que es la calidad de nuestra democracia. Un candidato ha expuesto su contrariedad por el sistema electoral que su propio partido no quiso modificar en 23 años de gobierno. Un candidato está dispuesto a ser presidente aunque la mayor parte de los catalanes no haya votado por él ni por las fuerzas dispuestas a aliarse con él. Un candidato parece deslegitimar a quienes consideraron en su

momento, y consideran ahora, que la democracia parlamentaria, la democracia de partidos, implica la suma de culturas políticas distintas en la confianza a un mismo candidato, que no debe tener más que el respaldo de la mayoría de los catalanes, porque tiene el respaldo de la mayoría de los diputados que los representan. Un candidato quiere que este país se adapte a sus deficiencias, exigiéndole adoptar un sistema plebiscitario, como si eso dejara en una triquiñuela de grupos de presión a sus adversarios y le concediera a él un excedente de virtud.

LES HA bastado con perder las tres posiciones consecutivas de que gozó **Pujol**: el pacto de primera legislatura, las mayorías absolutas, o la legítima desfachatez con que se tendían en los brazos del PP. Les han bastado tres años de nevera institucional. Les ha bastado un tiempo de naufragio para convertir a su candidato en un Robinson Crusoe que, perplejo y receloso, descubre a los catalanes que no le votan y les llama Viernes.

Artículo publicado en EL PERIÓDICO DE CATALUNYA el 28.10.06